

Mira aquí tengo historietas que me publicaron en "El Diario de Madrid", en plena guerra. Me pagaban a cincuenta pesetas por publicación; mi padre se quedaba con cuarenta y ocho y me daba a mí dos para gastos. Aquí hay otros dibujos de un periódico de la Cuarta División: Chistes, cabeceras, Pí y Margall... Todo lo hacía a plumilla. Ahora lo pienso y digo "¿Cómo es posible que haya podido hacer esto?"

¿Qué pasó después de la guerra?

Empecé a estudiar Farmacia porque lo que yo ansiaba era poder casarme y emanciparme y lo hice rápidamente porque terminé la carrera, a base de codos, en tres años. En aquellos tiempos todos teníamos un horizonte muy grande de trabajo, no es como ahora que está muy negro.

¿Y por qué precisamente Farmacia?

¡Con tal de que no fuese Veterinaria...! Había fama en el pueblo de que los veterinarios eran los garbanzos negros de la familia, los tontos; no correspondía a la realidad pero así estaban las cosas y, aunque mi padre estaba empeñado en que fuese veterinario, yo me empeñé más en que debía ser cualquier otra cosa. Como el padre de mi novia era farmacéutico, pues me dediqué a esto. Además la labor de investigación me ha gustado: Si no llega a ser porque me caso hubiera estudiado la cátedra. Pero ser auxiliar después de la guerra significaba aplazar la boda ocho o diez años hasta situarse. Más tarde elegí Alcázar porque estaba cerca de Camuñas: El año 45 me vine, al siguiente me casé y, desde entonces, vivo aquí.

Comenta que es la primera vez que se pone a recordar su vida tan detalladamente. Vienen a la memoria anécdotas, comentarios y palabras textuales de conversaciones. A veces se pierde el hilo de la continuidad porque la charla da pie a frases relacionadas con hechos y actividades de distinta época a la que tenemos entre manos. Pasa las hojas de un álbum y explica el cómo y porqué de tal cuadro pero al lado está otro, con su propia historia —hilvanada o no con la anterior— y que pide también un hueco.

Esta foto forma parte del catálogo que se hizo para una exposición en Madrid en la que estuvimos Herreros, Florentino Isnaola, Antón Arce y yo. Recuerdo que vendí un cuadro y le sentó muy mal a mi mujer. ¡En aquellos tiempos, 1.954, y me dieron 10.000 pesetas por él!; claro que la sala se quedaba con el 40 por ciento. Yo que he sido muy independiente y poco dado a someterme a los demás, me siento como un tiro que exploten de esa manera el arte y se aprovechen de la circunstancia para hacer negocio. Posiblemente eso, unido a que a mi mujer no le gustaba desprenderse de la obra, influyó para que no hiciese más exposiciones.

Al principio sí; he ido mucho a Valdepeñas y he sido un veterano, de los primeros. Me acuerdo cuando teníamos que ir en el tren, con los cuadros colgados. Agustín Ubeda, Guijarro y yo tomando un bocadillo o un aperitivo en las tabernas... Los mismo que este

señor viejecito de Tomelloso, López Torres: el hombre ha pasado de todo en la vida, pero es muy constante y un excelente pintor. Lo que le ocurrió a él es que hubo una época en la que se cotizaba muy poco la obra realista y figurativa; no había más que una tendencia, más o menos de posguerra, apoyada por la crítica. Además fue la invasión de los copiadores de pintura, en todos los estilos, y acapararon el terreno. Al verdadero artista lo relegaban, como siempre suele ocurrir. Ahora es cuando le ha llegado el momento a López Torres y está subiendo mucho, pero cuando se está jubilando. Claro que, el artista que piense que su obra va a valer en vida... Eso sólo ocurre casos muy contados.

¿El no exponer le cortó a la hora de seguir pintando y dibujando?

Pues sí en cuanto a pintura pero no respecto al dibujo. El dibujo siempre me ha entusiasmado mucho más y, para mí, soy más dibujante que pintor. Cuando he cogido un lapicero nunca he pensado en los demás, sino en darme una satisfacción propia. Cogía mi papel, sin una idea preconcebida, y me pasaba 2 ó 3 noches sentado en la butaca haciendo dibujo hasta que terminaba la chifladura. Pero eso no es de ahora sino de siempre, el dibujar sentado y aislarme totalmente del mundo que me rodea es una de mis cosas.

¿Quién le enseñó?

Nadie, ya te digo que desde pequeño hacía cosas. Durante la guerra fui a las clases de Jorge Francés, allí aprendí Teoría humana y la técnica del óleo, todo lo demás lo he aprendido solo. Soy autodidacta y lo hago por afición. En realidad hay unos estudios primarios nada más pero luego tú comienzas a manejar colores y descubres todas las mezclas que van surgiendo.

“COSAS DE UN CHIFLAO”

Alrededor de 300 cuadros y más de 2.000 dibujos componen la obra de D. Lucio Sahagún. Ahora se arrepiente de haber regalado pinturas en cuanto los amigos se lo insinuaban o de prestar los dibujos —sus chifladuras— de la guerra a personas a las que no ha vuelto a ver el pelo.

